

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Todo es don amoroso de Dios («todo es Gracia», que decía aquel): lo que me gusta y lo que me disgusta; el vecino simpático y el antipático; la salud y la enfermedad; el ganar posiciones y el perderlas, la vida y la muerte.... (Rovirosa, OC, T.V. 346)

Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, memoria viviente de la Iglesia, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas. (Francisco, Homilía Pentecostés. 31 mayo 2020)

Desde los textos, me situó en la vida.



Desde esa llamada a vivir la gratuidad del don, a entregar la vida sin reservas, que en tu propia vida puedes percibir, comienza orando con la experiencia que comparte Rocío:

He estado acudiendo diariamente a prestar servicio y apoyo a una residencia de personas con discapacidad intelectual como cuidadora. No es mi trabajo habitual. Me ofrecí cuando se pidieron profesionales voluntarios para tratar de cubrir las continuas bajas de profesionales que se habían ido sucediendo desde que saltaron los primeros casos de contagios por COVID-19. Y allí aparecí un 24 de marzo, con miedo, incertidumbre, dudas,...pero con inmensas ganas de ayudar y ser útil.

Un escenario triste de partida, acababa de fallecer un residente, y allí me encontraba yo, entre personas extrañas, pero con las que me identificaba, a las que el consuelo no llegaba, porque no tenía palabras, sólo unas manos que querían, necesitaban hacer algo.

Mucho que aprender, mucho por hacer, con intuición abriéndome paso en un entorno plagado de impotencia y dolor ante la pérdida, la incertidumbre, el temor y la preocupación,... muchas emociones y sentimientos a flor de piel.

Sentía que me había metido en la boca del lobo cuando mis compañeros estaban en casa teletrabajando, tranquilamente. Pero en la oración, el Señor estaba ahí para llegar en mi ayuda. Mi cabeza era un torbellino de dudas, de razonamientos, de miedos, de excusas,... y el Señor me decía que mi corazón estaba donde siempre, sólo tenía que abrirme a la experiencia de lo que estaba viviendo. Sí, era otro espacio, otras personas, otras situaciones,...y el Señor me indicó el camino, como siempre lo hace, sin ruido, estando a mi lado, guiándome...aunque como sus discípulos, a veces me costaba reconocerlo.

Y aprendí a acoger con paz y serenidad esa realidad, a vivirla con todos sus matices.

Estoy segura de que el Señor tiene un proyecto para cada uno, Él nos acompaña en cada paso que damos, y en esta experiencia vivida he podido vislumbrar su mano, siempre amorosa, mostrando en el horizonte signos de esperanza. Doy gracias a Dios por este don de la fe que me ha ayudado a experimentar que en los momentos de debilidad mi fortaleza se ha manifestado cuando más me he abandonado a la voluntad de Dios y he confiado, más que en mis fuerzas, en esa certeza de que Cristo Resucitado me acompañaba en mi caminar. Con esa certeza acojo mi misión y compromiso evangelizador aquí y ahora.

Palabra se pronuncia en mi vida

Mateo 10, 37-42.- Quien pierda su vida por mí, la encontrará.

El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me

recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

Palabra del Señor

Acojo en mi vida la Palabra



La clave de la Palabra de Dios este domingo, la de nuestra misión, es el seguimiento de Jesús. Y, aunque en ocasiones parezca que lo olvidamos, seguir a Jesús comporta desprendimientos, renunciaciones, conflictos. Conlleva realizar opciones decisivas que no siempre son fáciles, porque en ese camino no caben medias tintas. Solo es posible seguirle cargando con la cruz. La tentación es leer esta propuesta de Jesús como si fuera un lenguaje simbólico. Pero no. Un seguimiento que no lleve la señal del conflicto y de la cruz, tiene poco que ver con Jesús de Nazaret.

Conservar la vida significa en nuestro imaginario colectivo, cuidarla, defenderla, asegurarla, gozarla, orientarla en función de nuestros intereses, garantizarnos seguridades... lo que muchas veces nos lleva a desinteresarnos, a desvincularnos, de los demás.

Perder la vida, por el contrario, significa estar dispuesto a jugársela sin mucho cálculo oportunista, dispuestos a arriesgar, a gastarse sin reservas; a darse apasionadamente, dispuesto a perderlo todo, por causa del evangelio.

Nos podremos hacer cuantas cábalas queramos, y matizar las palabras para asegurarnos nuestra manera de pretender seguirle, pero es inútil. Según el evangelio la única manera de realizarnos, de ser quienes somos, de realizar la vocación a la que somos llamados por amor, no es otra que estar dispuestos a perdernos, a negarnos, a perder apoyos...

Encuentra su verdadera identidad quien acepta dejársela dar por un Amor mayor, quien por Amor está dispuesto a desgastarse por el otro, quien entra en la lógica de la Cruz.

Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida.

Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca. (EG 279)

La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión. (EG 10)

La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. (EG 88)

En mi proyecto de vida, en el seguimiento de Jesús, ¿qué necesito incorporar, o profundizar, para vivir en esa lógica del don y de la cruz, que me lleve a vivir mi vida gastándola por amor para que otros puedan vivir? ¿a qué necesito, aún, renunciar?

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

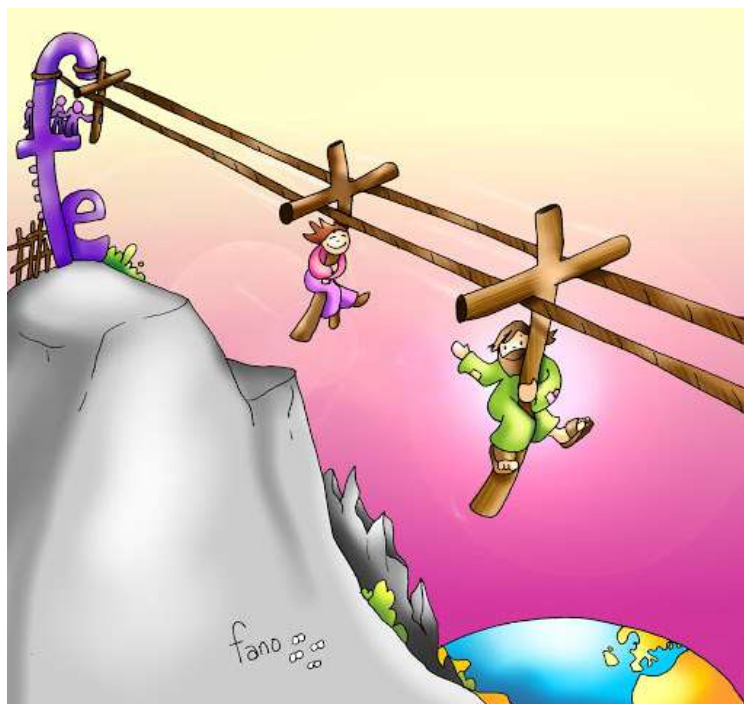
Señor, Tú me estás llamando y yo tengo miedo a decirte "sí".
Me buscas y yo trato de esquivarte;
insistes y guardo silencio;
te acercas e intento soslayarte;
quieres apoderarte de mí, y me resisto;
y así no acabo de entender qué es lo que deseas de mí.

Tú esperas de mí una entrega sin reservas,
llena de ilusión y generosidad.
Y yo, a veces, es cierto, estoy dispuesto a realizarla
en la medida de mis fuerzas, sin hurtarte nada.
Tu gracia me empuja por dentro
y, en esos momentos, todo me parece fácil.
Tu invitación es como un horizonte abierto
que alegra y da sentido a mi vida.

Pero bien pronto apenas me doy cuenta de lo que
tengo que sacrificar
ante una dolorosa ruptura definitiva,
si tengo que renunciar a mis seguridades,
si tengo que nadar contracorriente, vacilo,
desconfío, me planto.

Señor; sufro en ansia, combato en la noche.
A veces dudo, otras quiero.
Soy así, tú lo sabes.
Dame fuerzas para no rehusarte.
Ilumíname en la elección que tú deseas.
Estoy dispuesto, Señor.
Oriéntame.

(F. Ulibarri)



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

